

Fondo de Ojo, Confesión en Seco



*Maicao
Mezquita Omar Ibn
Al-Khattab
La Guajira
G. Lofredo (2009)*

Ercilia: Mi primo Américo es el mayor. Al que secuestraron fue Joussef, su hermano, que es de mi edad. Íbamos juntos al Colegio Árabe Colombiano. Ese que está al lado de la Mezquita. Después te muestro. Joussef, Jusí. Juicy. Un ángel. Ajá.

Cruzaba la calle una mañana hacia el portón del Colegio cuando un auto se atravesó y se lo llevaron pataleando. Era la semana antes de Ramadán. Yo me graduaba ese año. Mi tío no tenía ni el poder ni los recursos de mi padre. Mi tío es de Gaza. Estuvo preso en Israel por ser Fatah. Cuando salió, su pueblo era escombros y su gente hizo ciudades de lona. Llegó a Maicao en el 68, cuando empezaba la Bonanza Marimbera. Creo que pensaban que él estaba en eso, y no. Vivía de su trabajo. Tenía la carnicería, ésta de acá, al lado del restaurante. Había aprendido a faenar siguiendo las reglas musulmanas. Sus cuchillos se fundieron con el acero que atravesó el torso de los mercenarios de Federico Barbarossa en la Cruzada que llaman Tercera,

tres siglos antes de que el Gran Almirante pisara las playas de La Guajira y conociera la Cueva de Perlas, no te olvides.

El Reta: ¿Fatah?

Ercilia: Sí. Fatah. ¿Arafat? ¿OLP? ¿Gaza? ¿Holocausto palestino? ¿En qué caverna te tuvieron encerrado? El Reta: No te enojas. No te burles. Seguro que alguna vez supe. Pero se me escapan los nombres. Algunos dicen que yo mismo los escondo o los espanto. ¿De verdad quieres saber dónde estuve estos años? Bueno, a mí me gusta la moto. Vos sabes. Es mi afición. Entonces no me quedo mucho tiempo en el mismo sitio. Un tiempo viví en Gregores. Gobernador Gregores. Ercilia trata de ubicarse. Se imagina Gregores como un oasis en el camino a Damasco.

Es al Sur. Al sur de Pasto. Pasas Quito. Más allá de donde dibujaron el picaflor en el desierto. Llegas al Titicaca y sigues hasta Neuquén. Allí, por donde los Nofal hacen el vino. Este vino que no está nada mal. Por donde empieza el hielo y el viento, por ahí es Gregores. Calles flanqueadas de álamos. Sólo se oye el viento y, cerca del colegio, el ruido de los sitios de videojuegos. Nunca fui bueno para los nombres. Pero sigue contando. Aunque no entienda todo, me gusta escucharte. ¿Rescataron al guri?

Se complicó. Todo se complica. ¿Sabes cómo funciona lo de los secuestros?

El Reta: No. La verdad que no. Es decir, sí, claro. Te secuestran y piden algo a cambio. Si se lo dan, te sueltan, y si no se lo dan, te cortan un dedo o una oreja y siguen conversando. Si no hay acuerdo, te dejan tirado por ahí. ¿No es así? Bueno, y no sólo es conseguir la plata. Hay que rezar. Eso ayuda, decía mi abuelita. Aunque no sirva, algo ayuda.

En realidad, el Reta sabe mucho más de secuestros que lo que deja entrever. Uno podría pensar que finge ignorancia para prolongar el relato de Ercilia y dejarse flotar en sus ojos, pero no es eso. Realmente olvida y deja de saber. Incluso los pocos que lo conocemos bien no entendemos cómo el hombre puede aprender, hasta ilustrarse incluso, y olvidar luego completa y despreocupadamente todo lo vivido, escuchado y estudiado. Un ejemplo: de lo que le contó el viejo escultor que llevó de Pereira a Fredonia un par de semanas antes recuerda sólo las lágrimas y el enojo triste. De los detalles y las explicacio-



*Fileteando Sardinas.
Crucita, Manabí
Ecuador
G. Lofredo (2009)*

nes no le queda nada. En cambio sí recuerda los secuestros frecuentes en sus libros favoritos de cuando era muchacho: El Corsario Negro, Batman y Robin, las aventuras de Tintin. De allí recuerda cómo sacan a empujones a algún inocente amigo del Corsario, o a la dama de sus amores, o al mismo joven reportero Tintin y a su chuchito Milou, al que una vez casi le cortan la cabeza con una cimitarra para que encuentre de una vez el camino de la verdad. Si uno le pregunta sobre los secuestros en esas lecturas, el Reta puede contarlas con lujuria detallista y precisiones que asombran. Y no hay una sola aventura de Tintin en la que no secuestren a alguno de los buenos. El Reta las recuerda todas. Hasta cómo el contra-maestre Allan mantenía secuestrado y alcoholizado al Capitán Haddock para usar su carguero y traficar opio. Recuerda cada vez que los perversos usan el trapo con cloroformo y la flechita con el veneno de la locura, las amnesias por cachiporra y los embrujos del olvido a distancia. En cambio, pregúntele usted sobre el creador del Bolívar Desnudo que tanto le emocionó en Pereira y sólo recordará las palomas revoloteando por la plaza y defecando sobre el bronce.

Ercilia insiste en explicar y busca otro acercamiento: ¿Cómo te explico? Es un poco como lo de las hipotecas chatarra. Ca-

*Compro Cacao
Via Monte Saino
Esmeraldas,
Ecuador
G. Lofredo (2008)*



zan a alguien, juntan media docena, y se los venden a otros más duchos, con más experiencia, los que se conocen de memoria el negocio duro y lo manejan bien. Van a Los Mercados, como dice Alberto Padilla en CNN. Los especialistas calculan precios y, por una comisión, se encargan del negocio. Cambian los cuidadores. Esos ni saben para quién trabajan. Pueden ser los del levante o cualquier subcontratado. Es que el mantenimiento no es fácil. Comida, salud, techo, seguridad. En fin. El hecho es que no se pudo negociar. Pasó un año y nada.

Mi tío y mi tía no hablaban del secuestro. Decían que Jusí estaba bien, que estudiaba no sé qué y no sé dónde. Que había viajado a Beirut. Y la situación se puso muy dura para todos nosotros. Para los árabes, digo. Bajó el comercio. De un día para otro, decidieron acabar con el puerto libre y declararon contrabando al comercio. Traición a la patria. Llegaron a La Guajira conquistadores y perseguidos de todos los colores y texturas. Guerra. Feo. Muy feo. Y si se sabe que estás vendiendo algo para pagar un rescate, te ofrecen menos.

A Jusí lo habían sacado de La Guajira hacia el Cesar. Eso supimos. Supo Américo. Aparecieron caras nuevas, dizque con autoridad para negociar. Los primeros les habían vendido al Jusí como parte de la franquicia. O quizás los mataron y heredaron los rehenes. Difícil armar los detalles. FARC, Aucas, Metemonos, Pepes, Aguiluchos. Cualquier cosa. No eran nada. Nada. Negocios chatarra.

Mi tío aceptó que Américo negociara la última palabra, la final. Habían vendido todo. Tenían la mitad de lo que pedían. Jusí había estado secuestrado un año y medio. Cuando lo levantaron tenía 15 y ya cumplía 17. En el cuerpo de Ercilia suena un timbre de teléfono antiguo.

El Reta deja de mirar a Ercilia y se cruza con otros ojos en los espejos del salón, tomándose un respiro de lo suyo: un hombre de edad teñida saca risa de dos veinteañeras anisadas en hielo, hoja de menta y Sprite, picando chifles y aceitunas rellenas de ají; dos hombres fibrosos, inexpresivos, le ven mirarlos por reflejo en terceros espejos, comen pescado empanizado con arroz, huevo frito y ensalada. La autoridad se alimenta pero no duerme. Américo sigue las miradas cruzadas y termina en el Reta, mientras retira la vajilla del segundo plato de una mesa satisfecha.

Al Reta le desagradan los celulares. Los tolera pero no porta. Generalmente ni los ve ni los oye. Esta vez es distinto. Ercilia le sonríe y él vuelve a disfrutar el momento. El celular está en el bolsillo interior de la chaquetilla de cuero. El pañuelo rojo de seda. Ercilia desliza la cremallera sin despegar la mirada de los ojos del Reta. Sin interrumpir la sonrisa. Tres, cinco, seis maravillosos centímetros. Desliza dos dedos entre su piel y el cuero, y como si fuera carterista de trolebús, los desliza sobre el pecho, el cuello, despeja el cabello y contesta.



*Dunas Desierto de
Atacama
Cruce Argentina/
Chile-Dakar 2009*

El Reta no lo sabe, pero tiene la boca entreabierta, los labios un poco hacia fuera, como un niño que espera le dejen dar una chupadita al helado que se chorrea ante sus ojos. Ella no se quita la sonrisa de los labios aunque las pupilas sí se contraen por un instante. Sí, dice. Sí. Nosotros bien. Sí. Entre las tres y las cuatro. De acuerdo amor. Nos vemos luego.

Se le desinfla el corazón. Hay otro y Ercilia podría terminar la noche con el Reta en el banco de suplentes. Fuera de juego. Debe haber puesto cara triste porque ella hace un gesto maternal y con su mano libre le acaricia el rostro. No se ponga celoso, amor. El Reta siente sus uñas rascando piel en la raíz de su barba. El fantasma de la disfunción eréctil huye aterrado del escenario. El Reta recupera compostura. Con el flujo al glande le vuelve un chispazo de autoestima.

Y ella explica que era Ingrid. Que está con Pablo. Que si quieren ir a dar una vuelta en las motos, que con la luna llena se ve todo. Ellos conocen. ¿Te animas? Recupera el entusiasmo. Quiere más. El bastón sigue en su sitio y se enciende. Quiere todo, ya. Quieto potro, quieto. Tiempo al tiempo. ¿No ves que cada minuto te pones más muchacho?

¿Que si se anima? Aunque manejar de noche la Africana por las trochas... No te preocupes, con ella agarrándote de atrás verás en la oscuridad como gato en un tejado caliente. Con Pablo Mondragón, hombre libre, recorrer trochas de arena en noche de luna, siguiendo el cuerpo de Ingrid en la Freewind delante y con Ercilia abrazando al Reta en la Africana, cabretilla gris misterio y el salpicar del lodo en las botas, no es cuestión de animarse, se trata de cómo perpetuar la secuencia que no deja de imaginarse. Replay. Replay. Replay.

Adivinando la situación, Américo se acerca con dos tazas de tinto y unos delicados dulces de raspado de coco, nueces y miel de abeja.

Te sigo contando: Acordaron un punto de encuentro. Américo tenía que llevar la plata. Era todo lo que tenían. Américo y dos paisanos más. Uno joven y otro veterano. La madre, mi tía, no quería. Mi tío se quedó con ella. Estaba convencida de que los fulanos se quedarían con la plata y con su otro hijo. Los veía como eran cuando gateaban entre sus piernas. Soñó que engañaban a Américo y lo tiraban junto a su hermano en una jaula

llena de monos. Se despertaba aullando. Tuvieron que internarla en un sitio de Valledupar, hacia la sierra. Américo decía que saldría con su hermano o lo sacarían muerto. Armados, tacos de dinamita y pastillas de cianuro. Para todos. Pactaron matarse entre sí ante la opción de quedar pegados.

En el restaurante parece haberse instalado el silencio. El bullicio sigue allí pero el Reta no lo percibe. Sólo escucha la voz de Ercilia. Américo se desplaza de mesa en mesa. Trae fuentes, platos al vapor, hace probar vinos, da órdenes a la cocina. Pasa de un espejo a otro. Cruza la mirada con Ercilia o con el Reta, quien la escucha. Asiente levemente, confirmando la veracidad del relato, de lo que sucedió en el monte, cuando se acercaron a la choza, muy entrada la noche, largo rato antes de la hora acordada.

Sorprendieron a dos que dormían. Los desarmaron y los amarraron. Jusí no estaba allí. Decían no saber dónde estaba guardado pero, en todo caso, no estaba a su cargo y no era cerca. Eso decían. Había un tercero afuera que no habían visto. Américo escuchó ruido y un silencio repentino. Los ojos del menor de los secuestradores delataron al de afuera, que sopleteaba balas a través de la pared de caña pelada. En el tiroteo murieron los dos compañeros de Américo, el de afuera y uno de los amarrados.

El otro quedó intacto, era el mayor, un tipo simple, duro de espíritu y de mirada muda y fría como un páramo. Américo, con una herida en el hombro, lo sacó cuesta abajo como pudo. Desbarrancándolo a culatazos. El hombre intentó escapar por una quebrada ciega. Américo lo detuvo con dos disparos al aire y otro a un puño de la cabeza. Amanecía cuando el padre, con su gente, los vio acercarse al caserío donde quedaron en reencontrarse.

Había que ubicar a Jusí ese mismo día. Los demás se enterarían de lo sucedido en pocas horas. El hombre sabía la urgencia y callaba. Mi tío ordenó que nadie lo tocara. Dio una instrucción a Américo y se encerró con el preso en el taller de las carnes. Un bracero con carbón encendido da cierta tibieza al ambiente. Américo entró con un bulto cubierto con tela blanca de algodón y lo puso sobre el mesón de faenar, frente al preso. El acero



Dunas del Desierto de Sechura Perú (2006)



*Campo de Hielo
Patagónico Sur
Soto (2006)*

al rojo del cuchillo resaltaba la limpieza del sitio. Cuando su padre empuñó el mango de cuero del cuchillo, Américo quitó el paño y descubrió un cordero joven, esquilado, los ojos entreabiertos, como si estuviera adormecido y no muerto. Américo agarró al cordero por el cuello y las patas traseras.

El padre buscaba comprensión en el fondo de ojo del preso y, sin hacer pausa, clavó el filo al rojo en el anca del

animal. La carne chistó y chilló, como haría el animal al ser capado y marcado. Por un instante, el preso pareció despegarse de la silla. Los puños, apretados por el nudo, a una cuarta del animal. El cuchillo atravesó cuero, grasa, músculo, cartilago y hueso. Una fumarola azulada difundió el aroma de grasa y carne asándose. El corte siguió hasta que la lámina golpeó la madera maciza. Al retirar el cuchillo, el acero seguía humeante y rojizo. A una seña del padre, Américo soltó y salió.

Tú ya sabes lo que quiero. Lo tienes en la punta de la lengua. Yo voy a fumar un cigarrillo. Cuando regrese, empezaré por la izquierda. Hablaba sin levantar la voz, desde una profunda tranquilidad. El hombre no podía quitar la mirada de los ojos del padre, que tocaba con ternura, en el preso, cada punto que nombraba: dedo, articulación de la muñeca, antebrazo, el interior blando del codo, el hueso en el vértice exterior. El padre devolvió el cuchillo a las brazas. El acero cauteriza, no te desangrarás. Si callas, seguiremos mañana por la derecha. Hizo silencio unos instantes, como repasando lo dicho. Dio media vuelta y caminó hacia la puerta, palpando los bolsillos en busca del tabaco. Cuando el padre iba a destrancar y salir, el hombre dijo: Cueva de Perlas, sólo eso, Cueva de Perlas.

Luego soltó, en un gemido largo, todo el aliento que tenía encerrado y se entregó, rendido, a una incontinencia tan completa, variada y abundante que la carnicería tuvo que permanecer cerrada dos semanas, con pretextos religiosos y para cambiar los gases refrigerantes un tanto adulterados por el tiempo.



*Hugo Soto
Hacienda La Anita
Santa Cruz (1921)*

Josué estaba donde indicó el incontinente, en la Cueva de Perlas, un refugio de pescadores y piratas en unos arrecifes de difícil acceso, en la Isla Cubagua, que, aunque no figura en ningún mapa ni referencia pública, es conocida y cuidada por quienes la usan para cuestiones siempre enredadas en mal designio y ambición enferma.

Lo liberaron sin más derrame de sangre que la del cuidador que, queriendo huir, cayó al mar, donde se lo tragaron las olas y la fauna generosa de por allí. Tampoco se presentaron dificultades para llevarlo de Cubagua hasta el aeropuerto de Margarita, empalmando a Maracaibo, y de allí en camioneta pimpinera, con autorizada y válida licencia, a Maicao, donde llegaron justo a tiempo para la velación y el entierro de la madre, quien puso fin a su agonía en cuanto supo que su marido y sus hijos estaban libres, vivos y en camino al hogar. Esa muerte resultó una liberación más del sufrimiento familiar. Fue para el bien de todos, con el consentimiento de todos y con la bendición del único Dios que es Todo, y de todos Dioses es. Él, cuyo nombre se ignora o se calla, y cuyos noventa y nueve atributos se conocen y se estudian por los siglos de los siglos. Inshallah. Así sea.



*El Encuentro
Jaime Zapata
Quito CCMQ
(2007)*